

*Actas del Coloquio Internacional Centenario
de la Generación del 98. España y América*

LA IRA Y LA QUIMERA

Eduardo Hopkins

Editor

Capítulo 2



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL 2001

Facultad de Letras y Ciencias Humanas
Instituto Riva-Agüero
Departamento de Humanidades

Primera edición: noviembre de 2001

La ira y la quimera
Actas del Coloquio Internacional
Centenario de la Generación del 98
España y América

Carátula: Reynaldo Aguilar

Copyright © 2001 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza
Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7410

Teléfono: 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso
expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052001-3933

Derechos reservados
ISBN: 9972-42-437-6

Impreso en Perú – Printed in Peru

El fin del imperio español y la generación del 98: nuevas aproximaciones

Alda Blanco
Universidad de Wisconsin-Madison

En 1992 España conmemoró el llamado «descubrimiento» del «nuevo mundo», el «encuentro» del que surgió el primer imperio colonial de la época moderna. Aunque le era imposible a España celebrar abiertamente el aniversario de una fecha que simbolizaba para el continente americano la casi total liquidación de las culturas indígenas, el genocidio de millones de personas y la esclavización de grandes sectores de la población, cuyo fin era el de extraer las ricas materias primas americanas, el quinto centenario de 1492 fue, sin embargo, marcado por dos eventos que ostentaron la precaria riqueza española: la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos en Barcelona. Sería impreciso proponer que estos dos espectáculos de gran brío y alcance llevaron a la bancarrota al estado español y a las dos comunidades autónomas que los subvencionaron —Andalucía y Catalunya—, pero sí se podría afirmar que gravemente afectaron la frágil economía del país en un momento en el cual todos los esfuerzos gubernamentales estaban puestos en la rápida integración de España a la Comunidad Europea como país de primera fila, es decir, a la altura de Alemania, Francia e Inglaterra. En 1998, tan solo seis años después del quinto centenario y habiendo logrado España su tan deseada integración europea, en lo que se podría entender como irónico trastrueque, la fecha que se conmemora, 1898, señala el fin del imperio establecido hacía cinco siglos. Mientras que la narrativa de los orígenes imperiales españoles elaborada para el aniversario de 1492 fue sumamente contenida con el fin, habríamos de suponer, de no arriesgar la incursión económica española en los importantes y ricos mercados latinoamericanos en la nueva era del neoliberalismo y la globalización, las narrativas surgidas de las reflexiones y meditaciones sobre el llamado «Desastre», es decir, la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, nunca, o rara vez, muestran un duelo por la pérdida del imperio, dicho de otra manera, no revelan una nostalgia imperial. Se podría argüir que la evidente ausencia de anhelo por el imperio desaparecido está íntimamente relacionada a dos importantes factores: en primer lugar, el que España ahora mire hacia Europa para obtener su legitimidad y unas nuevas señas de identidad como nación europea, es decir, la elaboración de una nueva identidad política para un viejo deseo español que desde el siglo XIX ha sido un tropo dominante en el discurso cultural, la europeización de España; y, en segundo lugar, un paisaje social en el cual las huellas del imperio han casi desaparecido, a diferencia de otras viejas

metrópolis europeas en las cuales la presencia de vastas comunidades de gentes procedentes de sus antiguas colonias mantienen la memoria del imperio. Así, los poquísimos latinoamericanos radicados en España son, por lo general, o exiliados políticos argentinos y chilenos o trabajadoras domésticas caribeñas y peruanas que han logrado evadir las estrictas leyes de emigración españolas. La presencia de filipinos en España es aun menor que la de los latinoamericanos. La reducida presencia en España de personas provenientes de las que fueron en su día colonias se debe, como bien sabemos, a que la diáspora de trabajadores latinoamericanos o filipinos ha encontrado nuevas rutas de emigración, principalmente a los Estados Unidos, o, en el caso de las mujeres filipinas, al Medio Oriente. Los estudiantes filipinos y latinoamericanos, el otro grupo que históricamente escogió las universidades de la metrópoli para estudiar —como es el caso de José Rizal, el héroe nacional filipino y novelista que discutiremos aquí—, tienen sus miras puestas en Estados Unidos para su entrenamiento académico. En el gran flujo transnacional de la fuerza laboral que caracteriza nuestra época, la creciente población inmigrante en España proviene principalmente del Magreb, y, en menor cantidad, del África subsahariana. Por lo tanto, el cambiante paisaje demográfico de España poco o nada se parece al de otros países europeos en los cuales jamaiquinos, indios, angoleños e indonesios viven y trabajan en sus antiguas metrópolis, países a los que llegaron en el proceso de descolonización de sus respectivos imperios y con los cuales mantienen difíciles y complejas relaciones.

Las reflexiones contemporáneas sobre lo que melodramáticamente se llamó en la España de fin de siglo «el Desastre» —que no resultó ser tan desastroso, por lo menos inicialmente, para Cuba, Puerto Rico y las Filipinas— han replanteado lo que para la mayoría de los historiadores es un momento clave en la historia española contemporánea. De la relectura del 1898, han surgido importantes y significativas revisiones historiográficas que han inundado las librerías y la prensa española. Por lo general, esta fecha se entiende, ahora, como el momento emblemático en el cual las limitaciones y la quiebra política del régimen liberal de la Restauración de 1876 se hicieron evidentes para varios grupos dentro de la sociedad española, lo que los llevó a intervenir en la vida política del país. Entre ellos, se encuentra el naciente movimiento obrero, organizado principalmente por socialistas y anarquistas; los partidos Republicanos dentro de la clase política que cuestionaron por primera vez la monarquía como forma política; un reducido número de escritores de la generación realista de 1868, cuya influencia aún pesaba en cultura, notablemente Benito Pérez Galdós y Leopoldo Alas «Clarín»; la nueva *intelligentsia* que se había embarcado en el ambicioso proyecto de «regenerar» España con miras a corregir la vasta corrupción política y la estructura oligárquica del país; y, finalmente, la juventud de la que se ha llegado a llamar la Generación del 98. Este revisionismo historiográfico es importante en tanto que pone en entredicho, e incluso niega, lo que es la tópica narrativa acerca de la historia de España que se ha venido desarrollando por lo menos desde el siglo diecinueve en la cual España se representa a sí misma como fundamentalmente diferente de Europa. Aunque existieron convincentes razones que llevaron a los historiadores y a los filósofos de antaño a imaginar España como un país que poco o

nada tenía que ver con sus vecinos del norte o que incluso se pensaba a sí misma como la Otriedad de Europa, esta perspectiva que subrayaba la singularidad de España frente a Europa, de hecho, aislaba a España y a su historia, equivocadamente, del proceso de globalización que ya estaba en marcha en toda Europa —incluyendo a España— en lo que el historiador inglés Eric Hobsbawm ha llamado la época del imperio, es decir, entre 1875 y 1914. ¿Cómo podía ser parte de Europa —se preguntaban historiadores, filósofos y literatos— un país que había sufrido la invasión napoleónica, que dependía económicamente del capital inglés y francés para su tímida y tenue modernización, y, más aún, cuando en la imaginación cultural europea se representaba a España como exótica y Otra —basta recordar aquí a Merimeé y Bizet— y cuando, según la infeliz frase de un famoso escritor francés, África empezaba en los Pirineos?

Ante todo, los historiadores contemporáneos se han propuesto cuestionar la narrativa de que España era diferente. Y así, por ejemplo, el pesimismo que permeaba la cultura española a finales del siglo XIX, que en la mayoría de los relatos históricos ha sido inextricablemente ligado al «Desastre», se reelabora insertando a España dentro del contexto europeo, operación historiográfica a través de la cual ahora se revela que el tan llevado y traído pesimismo español es un sentimiento paralelo al que recorría la Europa de finales de siglo (Juaristi 1996: 17-43). Las limitaciones y las crisis que tanto afectaron al estado liberal y que se vieron tan nítidamente en 1898, también interpretadas como típicamente españolas, ahora parecen ser similares, si no idénticas, a las que estaban tomando lugar en otros estados europeos (Fusi y Niño 1997: 9-14). Y, finalmente, si el fin del imperio español frecuentemente se vinculó a una pérdida de la virilidad nacional —tropa sexual que circulaba en el imaginario nacional desde por lo menos el Siglo de Oro—, ahora se relee dentro de un contexto más amplio en el cual se subraya la feroz contienda entre las naciones occidentales para crear sus imperios después de 1870, lucha de la cual salió perdiendo España. Recordemos, por ejemplo, que a partir de los años setenta Inglaterra, Bélgica y Francia dividieron y se repartieron África.

No cabe la menor duda de que la reelaboración de las viejas y caducas narrativas históricas, bajo el signo de la revisión, es de suma importancia, particularmente para los que hemos tenido que bregar con la noción de que España es diferente y singular, una perspectiva que ha llevado a la deformación del estudio de la cultura y la producción literaria del final de siglo en tanto que desaparece la fluidez entre los productos culturales españoles y europeos. Sin embargo, la historiografía contemporánea española reproduce el mismo gesto introspectivo que caracterizó a los Regeneracionistas y a la gente de la Generación del 98 una vez que este dispar grupo de escritores abandonó la crítica de la sociedad española y de las guerras coloniales que había caracterizado sus escritos de juventud. Por lo tanto, se podría decir que la labor intelectual surgida de la presente conmemoración de 1898 en España aún mantiene una perspectiva metropolitana, y que, por lo tanto, rara vez abre nuevos caminos para pensar acerca del colonialismo español y el final del imperio, dos temas que son fundamentales para el estudio de la España finisecular. Si nos dejásemos guiar por

las reflexiones contemporáneas sobre el Desastre o por la infinita bibliografía sobre la Generación del 98, no podríamos —salvo raras excepciones— captar ni la profundidad ni la complejidad del modo en que la cultura metropolitana española había sido permeada por la conciencia imperial. Aunque, como veremos, la «juventud» del 98 utilizó la prensa para denunciar las guerras coloniales que España estaba librando en Cuba y Filipinas, ciertas apremiantes problemáticas, como lo son, por ejemplo, la desintegración del imperio, el colonialismo y, finalmente, la pérdida del imperio, constituyen uno de los más extraordinarios silencios en la producción literaria no solamente a fines de siglo, sino durante todo el siglo XIX. Si bien se podría argüir que la preocupación, si no obsesión, de los Regeneracionistas y noventayochistas por «el problema de España» —una meditación introspectiva sobre la nación, su gente, y su historia— revela, de hecho, el legado del imperio en tanto que situaron sus reflexiones desde dentro de una conciencia de derrota; el que esté ausente en sus escritos la temática colonial e imperial resulta ser harto significativo. Aun siendo importante este silencio, lo dejaremos para otro ensayo. Lo que quisiera hacer en lo que sigue es identificar y presentar varios espacios dentro de la cultura española en los cuales la problemática del imperio está claramente inscrita, para así poder empezar a revisar y, finalmente, proponer un nuevo marco para el estudio cultural de la España de fin de siglo.

Si apenas se registra «el desastre» en la literatura finisecular, también existe un enigmático silencio en torno de la pérdida de las colonias continentales en la producción literaria a lo largo del siglo XIX. No deja de sorprender que no se encuentre apenas eco de lo que habríamos de suponer fue un indudable revés para España como potencia colonial. De entrada, podríamos señalar tres posibles razones por las cuales no se refleja la desaparición de las colonias americanas en la literatura anterior a 1870: primero, la escasez de lo que se ha llamado la novela nacional, es decir, una narrativa dedicada a imaginar y a construir la nación; segundo, la presencia, si no la dominación, de la novelística romántica francesa que se leía traducida al español y que, por lo tanto, poco tenía que ver con temas nacionales; tercero, la proliferación de una literatura escrita por mujeres cuya limitada temática era la de elaborar una nueva noción de la feminidad para la mujer. Sin embargo, después de 1870, con la aparición de la novela realista, los nuevos escritores de esta tendencia emprendieron el ambicioso proyecto novelístico de imaginar e inventar España en sus narrativas. En sus novelas, encontramos un casi imperceptible reconocimiento del imperio o una conciencia imperial que diría el crítico Edward W. Said (Said 1993). Pero, por lo general, este reconocimiento se pierde y se diluye dentro del objetivo principal de la novela realista que es el de narrar y entramar lo que para estos escritores era una emergente noción de nación que clara y curiosamente no incluía ni el pasado ni el presente colonial. A veces, sin embargo, podemos entrever fugazmente retazos de las relaciones coloniales españolas en las novelas de la época. Por ejemplo, en el primer capítulo de *Fortunata y Jacinta*, Pérez Galdós traza el imperio comercial ultramarino de la familia Santa Cruz en el cual los mantones de Manila que se venden en su tienda funcionan a modo emblemático de la economía del colonialismo. A su vez, aparecen

las relaciones coloniales en el primer capítulo de *La Regenta* de «Clarín» ya que el narrador desde los altos de la torre de la catedral traza un mapa topográfico de Vetus-ta, una ciudad en la cual se ha construido un barrio en las afueras para los indios. Y, también, Galdós en su monumental y variada galería de personajes madrileños que habitan *Las Novelas Contemporáneas* incluye ricos indios que han vuelto a España con sus vastas fortunas y exóticas historias acerca de América.

Sin embargo, no se puede comprender la ausencia del imperio en los textos literarios por medio de explicaciones derivadas de la historia literaria como hemos sugerido arriba. En la búsqueda de la textualización de la conciencia imperial tampoco debemos conformarnos con las inscripciones de la relación colonial que se encuentran en algunos pocos textos y que se figuran por medio del movimiento de gentes y bienes de consumo entre la metrópoli y la periferia.

Quizás la misma historia colonial española nos ayude a leer el silencio en torno del imperio. El historiador inglés Sebastian Balfour arguye convincentemente que la pérdida del continente americano, ya para mediados de los años veinte, no fue vista por las elites españolas como el final del imperio: «Por lo contrario —escribe— únicamente se consideró un revés momentáneo. Existía entre estas [las elites españolas] la extendida creencia de que los lazos culturales e ideológicos que unían a España con la América española eran tan fuertes que sus antiguos súbditos americanos regresarían al redil» (Balfour 1997: 11-12). Si las elites «creían» que los americanos reconsiderarían su independencia y que volverían a casa, es decir, a la madre patria como niños rebeldes que se escapan del hogar para volver cuando las dificultades de la libertad se hacen patentes, las fuerzas armadas españolas convirtieron esta creencia imperial en acciones militares concretas. Entre 1860 y 1870, España intentó recuperar, mantener e incluso expandir su muy menguado imperio.¹

Mientras el ejército y la marina españoles intentaban recuperar un imperio ya en franca desintegración, Eduardo López Bago, escritor de gran éxito en su día y que hoy apenas se recuerda, embarcó hacia América en un largo viaje que eventualmente lo llevaría a Cuba, país al que llegó en la víspera de las sublevaciones coloniales de 1895 en contra de la autoridad española en las provincias cubanas de Matanzas y Oriente. Ese mismo año escribió y publicó una novela titulada *El separatista* que versaba sobre la lucha cubana por la independencia. En el prólogo, plantea el objetivo de su narrativa: «Me propongo estudiar la sociedad cubana, con el detenimiento que merece y que, según veo, nadie en la Península ni aquí ha querido consagrar a este análisis cada vez más necesario» (López Bago 1997: 83). Emprende esta novela con el fin de

[...] exponer el problema cubano y nada más que a exponerlo (porque no es nuestra misión [la de los naturalistas] dar soluciones), ni en política mis opiniones, ni en patrio-

¹ En 1860 se inicia la guerra de África. Entre 1865 y 1866 se lleva a cabo lo que en la historiografía española se ha llamado la Campaña del Pacífico, en la cual la Escuadra del Pacífico intenta ocupar el Callao el 2 de mayo de 1866 después de bombardear Valparaíso. También, ahora en alianza con Francia, el ejército español intenta tomar la Conchinchina en 1862 y México en 1865.

tismo mi sentimiento, han de entorpecer la mano que maneje el escalpelo, ni han de ocultar con parcialidades compasivas y velos de indulgencia, la úlcera, sea cual fuere el cuerpo donde la descubra. (López Bago 1997: 84)

Sin embargo, esta narrativa es un texto ilustrativo de lo que podríamos llamar la literatura del imperio en tanto que la perspectiva colonial, en este caso la necesidad de que Cuba corte sus vínculos coloniales con España por medio de la independencia, se muestra como errónea y equívoca. De hecho, López Bago ve a Cuba con una mirada innegablemente metropolitana y produce una novela que es, ante todo, un feroz argumento en contra de la independencia cubana.

A pesar de que toda la trama melodramática de esta novela está trazada con el fin de mostrar las falacias del pensamiento y la lucha independentista, de entrada cabe resaltar que el género sexual y la sexualidad funcionan como ejes narrativos en la novela, ya que el personaje de Solita, española y viuda de un militar español, representación de la mujer virtuosa doméstica tan en boga en la literatura decimonónica, redime moral y políticamente al personaje principal, Lico, un joven criollo nacionalista. Solita es el agente de la transformación ideológica de Lico en tanto que al enamorarse de ella abandona todos sus principios «separatistas» y se da cuenta de que el futuro de Cuba requiere una solución política que, significativamente, no incluye su independencia.

En lo que necesariamente será una breve lectura de *El separatista*, quisiéramos subrayar la manera en que el imaginario imperial funciona textualmente para producir el conocimiento de otras culturas, que en esta novela se centra en el concepto de raza y que se desarrolla principalmente a través de lo que podríamos llamar la «racialización» del conflicto entre los insurgentes y el poder colonial. Al principio de la novela, el protagonista, Lico, nacido en una familia que durante varias generaciones ha luchado en contra de la clase colonizadora, es clara y coherentemente separatista. Sin embargo, sufre una conversión política que le lleva a rechazar su muy arraigada creencia en la necesidad de que Cuba se independice de España. La clave de esta radical transformación es que se da cuenta de que es la cuestión racial, y no la identidad nacional, lo que debería dictaminar la manera en que los cubanos piensan y articulan su relación con España. Llega a este nuevo entendimiento antiseparatista a través de las dos personas más importantes de su vida: Solita, su novia española, y su padre. Si bien Solita lo salva de caer en el abismo de la degeneración moral al que iba encaminado cuando la conoció, su padre lo rescata de caer en otro abismo de igual magnitud: el separatismo. A pesar de que la familia ha sido históricamente independentista, cuando conocemos al padre, este acaba de abandonar la lucha insurreccional a raíz de haber tenido un sueño visionario en el mismo campo de batalla.

Lo que parece ser la indisputable y estable identidad nacional de Lico como cubano —es decir, como miembro de una comunidad que se imagina a sí misma independiente de España— se desestabiliza cuando se enamora de la viuda Solita que ha venido a Cuba con su marido, un oficial del ejército español. Después de que nuestro

protagonista le expresa a Solita la imposibilidad de mantener una relación amorosa con ella dada la irreconciliabilidad de sus identidades nacionales pues sus países están en guerra, el narrador glosa las palabras de Solita ante la problemática amorosa presentada por Lico y convierte el problema amoroso en una encrucijada patriótica:

Que Cuba está separada de la Península por un montón de millas llenas de otro montón de olas. ¡Pues vaya razón! Es razón para que se quieran más Cuba y España. Sí señor. Los que tienen el corazón bien puesto sienten así. [...] Como mujer, no entendía mucho de estas cosas pero, francamente, eso de que los cubanos no quisieran ser españoles, siéndolo desde sabe Dios cuando, no le cabía en la cabeza y todas las sabidurías y los libros en que se dijere lo contrario no tenían sentido común. Ahí tiene usted, los negros se comprende que odien a los blancos. [...] Pero, por eso, los del mismo color, la misma raza y hasta la misma sangre no debían pelearse sino unirse y entre todos poner remedio a lo del mal gobierno, y quejarse y acudir a las Cortes o a la Reina Regente o a quien fuese: a quien tuvieran que decirse estas cosas, que con seguridad les atenderían. (López Bago 1997: 199-200)

Aparentemente atrapado entre su amor por Cuba y por Solita, es decir, entre su patriotismo y el colonialismo español, Lico melodramáticamente expresa su angustia: «Ni tendré patria mientras Cuba no pueda serlo, ni [...] ¡quiero ni querré a nadie más que usted!». Sin embargo, es incapaz de contener su deseo por Solita y la escena termina con el fatídico beso que iniciará su conversión en antiseparatista. Vemos, por lo tanto, que la manera en que Solita introduce y articula el elemento racial dentro del conflicto colonial que, claramente, hace eco con Lico, unida al primer abrazo apasionado de los amantes, empuja al débil y enfermizo Lico a cuestionar la necesidad de la independencia de su país que estaba fundamentada sobre la noción de que existía una identidad nacional Cubana diferente —y como tal separable— de la española.

Mientras tanto, el padre de Lico, uno de los líderes insurgentes, vuelve a La Habana habiendo dejado su mando en el Ejército Libertador y le explica a su hijo las razones por las cuales ha abandonado la lucha armada por la independencia de Cuba.

Había más negros que blancos. Y especialmente uno de ellos que era, ¡calcula tú! el que me seguía en el mando. Acampamos aquella noche cerca de un cafetal. Al otro día vinieron a decirme que habíamos sido descubiertos y que venían tropas en nuestra persecución. «Nos defenderemos». Les vi vacilar. El negro me dijo: «Somos pocos para los soldados que vienen. Comprometería usted inútilmente nuestras vidas». ¡Somos pocos! ¿Cuándo ha dicho eso ningún cubano? [...] ¿Para qué decirte que aquellos titulados separatistas no eran más que cuatrerros y bandidos? Para robar y para huir, ¡para eso servían! Para matar a mansalva, para combatir nunca. (López Bago 1997: 281)

Aunque la percibida cobardía y barbarie de los insurgentes negros llevan al padre a cuestionar no solamente su identidad como cubanos, sino su propia participación en la insurrección, es un sueño lo que, finalmente, le revela las razones por las cuales es necesario abandonar la lucha independentista.

Luego hubo más luz en toda la visión mía y se precisó sobre el mar una roca y sobre la roca la Virgen de los Trópicos, tan hermosa, tan joven como debe contarla la leyenda. Luchaba valerosa con dos monstruos. ¡Ella sola contra los dos! El uno era negro, mal oliente y el otro rubio de color de oro. Venían nadando el uno desde muy lejos, desde la costa africana, el otro de más cerca y del Norte. Querían subir donde la hermosa estaba, apoderarse de ella y cada vez que conseguían lo primero, la infeliz, con sobrehumanos alientos los arrojaba de la roca al mar nuevamente. Y nuevamente nadando volvían al asalto. Conocí que la [sic] iban a faltar las fuerzas. En uno de aquellos combates volvió sus angustiados ojos para mirarme, como en demanda de mi ayuda. [...] Lancé un grito no soñando esta vez sino verdadero, grito de ira por mi impotencia, de terror por el crimen que iba a cometerse y me desperté. (López Bago 1997: 282-283)

Más allá de la alegorización de Cuba como la Virgen de los Trópicos, en sí un tropo sugerente, López Bago, una vez más, introduce el elemento racial para disuadir a los criollos cubanos de que apoyen y participen en la guerra contra España. Describe la lucha para la posesión de la Virgen/Cuba como una que se libra entre malolientes negros y rubios americanos, pesadilla en la que no aparecen, significativamente, los criollos cubanos, que, como el padre de Lico, luchaban junto a los insurgentes negros y mulatos.

La intervención literaria de López Bago en el conflicto cubano, por lo tanto, intenta introducir una cuña entre sus lectores separatistas cubanos por medio de la creación de una ansiedad racial de tal magnitud que su lealtad a España esté asegurada. Como testigo de la guerra, también procura disuadir a sus lectores peninsulares de que simpaticen con los insurrectos, un esfuerzo poco necesario ya que, de hecho, existía escaso apoyo dentro de España a favor de la independencia de la colonia más rica del menguado imperio. Basta recordar que incluso los grupos políticos más radicales en la península no iban más allá de apoyar la autonomía para esta colonia caribeña. Mientras que en la novela los criollos separatistas, Lico y su padre, finalmente rechazan su deseada independencia principalmente por el miedo racial hacia los negros y los mulatos, la realidad de la lucha cubana era otra: José Martí y Antonio Maceo, como dirigentes del Ejército Libertador, juntos combatieron las tropas del ejército español y murieron en el campo de batalla en 1885 y 1896 respectivamente.

En España, las guerras contra Cuba y Filipinas traerían a la superficie el darse cuenta de que lo que hasta entonces se había considerado un «revés momentáneo» del imperio con la pérdida de la América continental significaba, quizás, el fin de este mismo. El joven escritor y periodista Vicente Blasco Ibáñez advierte del inminente «desastre» que se aproxima para la metrópoli en un artículo fechado el 1 de septiembre de 1896 y apropiadamente titulado *La tempestad se aproxima* en el cual escribe que

Todo el país está en el secreto de estas guerras coloniales. Deben sostenerse porque atentan a la dignidad e integridad de la patria, pero todos saben que su origen no está en el odio que puedan tenernos los insulares, sino en los desmanes y arbitrariedades que los gobiernos de la monarquía llevan cometidos lo mismo en el archipiélago antillano que en el que Magallanes conquistó para España. (Roca s/a: 169)

Aunque las reacciones a las guerras fueron variadas, en términos generales se podría decir que, con la notable excepción de los socialistas y anarquistas, los partidos políticos dentro y fuera del poder, la prensa, y la cultura popular (el teatro, la zarzuela y las canciones) enarbolaron la bandera del patriotismo como respuesta a las contiendas. Mucho estaba en juego en estos conflictos armados. No solamente estaba España a punto de perder dos colonias sumamente ricas (Cuba y Filipinas), sino también su histórica virilidad en tanto que en el imaginario cultural esta estaba inextricablemente ligada a la identidad de España como nación. Una vez más, fue Blasco Ibáñez el que mejor captó la ansiedad de pérdida que llegó a permear la cultura:

España, la nación más viril y fiera de todo el mundo, la que se ha perdido muchas veces por sus instintos bélicos [...] ¿ha perdido ya el legendario valor español? ¿Es que se ha afeminado el pueblo que aún no hace un siglo realizaba contra Napoleón la más asombrosa de las epopeyas? (Roca s/a: 97)

Resulta ser irónicamente paradójico que para Blasco Ibáñez, al igual que para tantos otros, la madre patria, España, tenga que luchar en contra de sus ingratos hijos para poder mantener su virilidad.

En medio del patriótico fervor que parece haber cundido en torno de las guerras, fue, principalmente, la clase obrera la que resistió activamente las contiendas coloniales. El sentimiento antiguerra se expresaba frecuentemente por medio de manifestaciones populares en los muelles de los puertos desde los cuales embarcaban los jóvenes soldados de la clase obrera en los barcos que los llevarían a su casi segura muerte, si no en combate, por el contagio de las peligrosas enfermedades tropicales. Los historiadores sociales concuerdan en que la oposición a las guerras, a menudo galvanizada por las mujeres —las madres y las esposas de los combatientes—, no fue un movimiento organizado, sino más bien una irrupción espontánea de protesta en las ciudades portuarias en que estaban anclados los barcos de la funesta Compañía Transatlántica del marqués de Comillas.

También, algunos jóvenes escritores de la que se llegaría a llamar la Generación del 98, bautizada como tal por José Martínez Ruiz «Azorín», escribieron en contra de las guerras coloniales. La lectura de los artículos de Blasco contrarios a la guerra escritos entre 1895 y 1898 para el periódico que él mismo publicaba, *El pueblo*, ilustra las complejidades y ambigüedades que existen dentro de la metrópoli aun en uno de los intelectuales más radicales de la época. Mientras que Blasco critica claramente las instituciones coloniales españolas en Cuba y Filipinas y la actitud racista de la clase colonial española, sin embargo, y a la vez, muestra una gran admiración por la manera en que la autoridad colonial inglesa había conseguido mantener la lealtad de sus pueblos colonizados. Se podría argüir, por lo tanto, que Blasco no es realmente crítico del colonialismo en sí, sino del modo en que España había sido incapaz de mantener sus colonias libres de la rebelión: «Imitemos —escribe— el ejemplo de Inglaterra, maestra en el arte de conservar las colonias cuando estas alcanzan un grado de cultura igual al de la metrópoli» (Roca s/a: 17). Aunque denuncia vehementemente por injustas estas guerras en las cuales la famélica clase trabajadora

proveía al ejército la carne de cañón mientras que los hijos de los ricos podían comprar reemplazos que irían a la guerra en su lugar, también expresa un curioso «patriotismo trágico»:

Está visto que España no puede sustraerse a la espantosa fatalidad que la persigue. De decadencia en decadencia, de tropiezo en tropiezo, va rodando al abismo en que se anulan y desaparecen los pueblos incapaces de la redención. La virilidad nacional padece moral eclipse. La atrofia invade todos los ánimos y convierte en linfa nuestra antes hermosa sangre, y son tantos y de tal naturaleza los desastres que llueven sobre el país, que en nuestras largas horas de negros pesimismo, creemos leer, escrita sobre la cumbre del Pirineo o destacándose en el fondo azul del firmamento, esta horrible frase: Finis Hispania. (Roca s/a: 26-27)

Aquí, la tragedia de España es su irrevocable caída hacia el abismo de la pérdida. Pero, quizás, lo que más intrigue de sus artículos periodísticos sean sus meditaciones sobre lo que significaría para España perder lo que queda de su imperio que, acertadamente, anticipa. Si para Blasco la guerra contra Cuba desencadena una crisis acerca de la masculinidad de España, la rebelión del Katipunan en Filipinas significa para Blasco no solamente la muerte de España como potencia mundial, sino una nueva humillación: la de ser percibida como nación no europea y, por lo tanto, como nación inferior. En 1896 publica un artículo magistralmente titulado «La Turquía española», en el que explica las razones por las cuales Europa ya no puede considerar a España como parte de su comunidad y, simultáneamente, denuncia el lugar que ha llegado a ocupar España en la imaginación imperial europea.

Aunque Inglaterra desarmara su escaso ejército y dejara pudrirse en los puertos sus escuadras, no por esto dejaría de ser la más universal y poderosa potencia del mundo. Lo sería siglos enteros mientras fuese la reina del comercio [...] Y siguiendo este ejemplo bien puede afirmarse que aunque España haya conseguido movilizar cerca de doscientos cincuenta mil hombres, aunque sin decaimientos visibles sostenga dos guerras importantes [...] no por esto adquirimos más importancia a los ojos de Europa, pues todos ven tras ese esfuerzo heroico a la nación que no tiene un cuarto, que es incapaz de producción y de progreso [...] No: España no puede tener más importancia internacional que la que realmente merece [...] Y las naciones europeas que esto saben y esto ven, nos tienen en el concepto que merecemos. Somos la Turquía de Occidente [...] Sólo al Oriente embrutecido, a las naciones musulmanas, estaba reservada la triste escepción [sic] de atraerse la intervención marítima por culpa de la anarquía y la debilidad que viven [...] El pretexto para esta intrusión extranjera en los asuntos de Filipinas, no puede ser más humillante. [...] La lección no puede ser más dura. Después de sostener en Filipinas la dominación española por medios tan civilizados y progresivos como son mantener déspotas con el título de capitanes generales y permitir que los frailes devoren el archipiélago a cambio de conservar el embrutecimiento de los indígenas y el bloqueo intelectual, ahora resulta que hasta el Japón no tiene confianza en nuestras fuerzas y que Europa nos trata como a Marruecos cuando se subleva o a Turquía cuando estalla en su capital el ramalazo religioso. (Roca s/a: 265-267)

En este fascinante pasaje, Blasco establece un paralelo entre España y Turquía, es decir, con lo que resta del que fuera el poderoso Imperio Otomano, para representar el devenir de una España que, según él, ha creado su propio decaimiento por el uso de la fuerza y una errada política colonial. Pero si Turquía había sido un formidable poder que, como sabemos, había contenido la expansión europea hacia el este durante varios siglos, el independiente reino marroquí era visto por España y otras naciones europeas como un territorio colonizable. Aunque el reino marroquí había resistido con éxito la primera partición de África en 1885, Europa no desistió de su empeño en colonizarlo; en 1906 y 1911, España y Francia, finalmente, se lo repartieron. Por lo tanto, para Blasco, el que España fuera vista como una «nación moribunda», según la infeliz frase de Lord Salisbury sobre los países latinos, al igual que Turquía, o como un «territorio» vacío listo para ser colonizado, como Marruecos, o, peor aún, que fueran tratados los españoles como asiáticos o musulmanes, pueblos que los españoles mismos habían sometido en Filipinas y expulsado de España en 1492, claramente transforma a España en una nación irreconocible para sí misma en tanto que ha perdido sus «señas de identidad».

David Spurr, entre otros, ha propuesto que la precondition moral y filosófica para la misión civilizadora del colonialismo es que el colonizador «insistirá en su radical diferencia de los colonizados a modo de legitimizar su propia posición en la comunidad colonial. Pero al mismo tiempo insistirá, paradójicamente, en la identidad esencial entre los pueblos colonizados y él» (Spurr 1996: 7). Esta atinada formulación de los fundamentos ideológicos del colonialismo la hemos visto plenamente articulada por López Bago y Blasco Ibáñez. El que Blasco perciba y, más aún, que entienda que para los europeos existe poca diferencia entre España y los pueblos que esta había subyugado y colonizado lo lleva a darse cuenta de que España, de hecho, ya no es ni percibida ni considerada como parte de Europa. Por lo tanto, el que la intelectualidad española a finales de siglo tornara su mirada hacia dentro y que se concentrara en lo que llamaban «el problema de España» puede entenderse a modo de una consciente ruptura con la comunidad imperial europea que había repudiado a España como nación europea. Blasco no es ni el primer ni el último intelectual español que expresará la muy ambigua relación entre España y Europa. De hecho, entre los muchos tropos que han circulado en la imaginación cultural española desde el siglo XIX, encontramos que la figura de la «invasión» permea los discursos literarios, económicos y políticos de la época. Sin embargo, lo que es, quizás, novedoso de la metáfora blasquiana de España como «la Turquía de Occidente» es su uso de imágenes colonialistas y de una retórica imperial.

El joven Miguel de Unamuno, al igual que Blasco Ibáñez, alzó su voz de protesta en contra de la guerra de Cuba en sus artículos de 1896 publicados en el periódico socialista bilbaíno *La lucha de clases*. En uno de ellos escribe, no sin cierta ironía, que

Ocurre ahora una guerra y a ninguno de esos señores [guardadores de las veneradas tradiciones de nuestros mayores] se les ocurre investigar las causas de ella y los motivos

que hayan impulsado a los insurrectos a alzarse en armas. Está de por medio el «honor nacional» [y] no se debe ceder mientras [los cubanos] no depongan las armas, y así que las depongan, ¡duro con ellos! [...] ¡Perder a Cuba! ¡Horror! ¿Y el honor nacional? ¿Y la misión civilizadora de España en América? ¿Y nuestro glorioso pasado? ¿Quién descubrió aquello? ¿Qué son los actuales cubanos sino hijos de españoles? ¡Hijos ingratos, que se resisten a sufrir resignadamente la política española! Tiene la mar de gracia eso de traer a cuento nuestro pasado y lo que dicen que España ha hecho por América, cuando no se trata de lo que ha hecho, sino de lo que hace [...] El haber poseído siglos enteros una cosa no es razón para seguir poseyéndola [...] Aquí todo se tiene en cuenta menos la razón y la voluntad de los cubanos. Hay muchas gentes que protestan contra la monarquía patrimonial, contra la vieja idea de que una nación sea patrimonio del monarca; pero les parece bien que un pueblo sea patrimonio de otros. (Blanco Aguinaga 1998: 14)

Sin embargo, y a diferencia de Blasco, Unamuno no solamente se niega a aceptar el discurso del imperio, sino que señala las inherentes paradojas en la manera de entender la identidad nacional cubana desde la metrópoli. También rechaza lo que para él es el argumento vacío y falto de sentido que vincula la necesidad de que haya una guerra con el honor patrio de España. Introducimos a Unamuno aquí para establecer la indiscutible pluralidad y variedad que existía entre los escritores metropolitanos en cuanto a la temática y problemática colonial a la vez que para apuntar hacia la complejidad que supone recordar y escribir acerca del imperio.

No hace falta recordar aquí que Unamuno es uno de los escritores más importantes del 98 e incluso de la literatura española, y, por lo tanto, ampliamente estudiado. Pero, ocurre una situación muy curiosa en la voluminosa bibliografía dedicada a su obra: sus escritos acerca de la guerra de Cuba existen en el margen de las lecturas canónicas de su obra. Si estos artículos se leen y estudian poco, existe un ensayo casi desconocido que, sin embargo, muestra la lucidez de Unamuno en torno de la problemática colonial: el «Epílogo» al importante libro del político español Wenceslao Retana titulado *Vida y escritos del Dr. José Rizal* (1907), la primera biografía del que la historiografía filipina considera «el primer Filipino». En el importante proyecto cultural de recordar y escribir sobre el imperio español, el artículo de Unamuno es clave en tanto que revela las interconexiones entre la metrópoli y la periferia más allá de las relaciones políticas y económicas del colonialismo, es decir, nos plantea la necesidad de volver sobre el terreno cultural y literario de un imperio en el que, sugeriríamos, no se reconocen los escritores de la colonia. Unamuno resucita a Rizal del silencio al que había sido sometido por lo menos desde su violenta muerte a manos españolas en 1896. También, escoge la figura de Rizal para rendir homenaje a un escritor que, como él, proviene de la periferia, para continuar con su crítica al colonialismo aunque había ya transcurrido nueve años desde el «Desastre», para reconocer la identidad y cultura filipina, y, finalmente, para cuestionar la supuesta superioridad racial de los blancos europeos. El que Unamuno exalte a Rizal, que, según él, es una figura cercana a Cristo y al que llama «el Quijote oriental» y «el Hamlet tagalo», un hombre que había sido fusilado por las autoridades coloniales españolas en Filipinas, increí-

blemente, por haber escrito dos novelas, el *Noli me tangere* y *El filibusterismo*, es la manera en que Unamuno se niega a borrar el reciente pasado colonial español. A la vez que dedica su pensamiento y escritura a Castilla, al casticismo, y a la intrahistoria, en la mirada introspectiva que compartió con los otros *noventayochistas*, este precioso ensayo se propone mantener viva la memoria de un importante autor en lengua española que escribió desde la periferia de la cultura metropolitana. Es de sumo interés y altamente significativo que Unamuno no solamente reconozca a Rizal sino que se identifique con él. Propone de entrada que los une una problemática lingüística, ya que para ninguno de los dos fue el español su lengua materna, sin embargo, fue la que escogieron a la hora de escribir. Pero, si los une, según Unamuno, una compleja relación con el español, también está convencido de que comparten un sentimiento similar hacia su tierra natal en tanto que los dos sueñan acerca de sus lejanas y añoradas tierras cuando viven separados de ellas en sus épocas estudiantiles madrileñas: «Debí haberme cruzado más de una vez con él mientras soñábamos Rizal en sus Filipinas y yo en mi Vasconia» (Unamuno 1907: 475). En este ensayo, en el que también discute la figura del mexicano Benito Juárez, Unamuno se propone explicar «las tonterías y todos los desatinos que hemos inventado los hombres de la raza blanca o caucásica para fundamentar nuestra pretensión a la superioridad nativa y originaria sobre las demás razas» (Unamuno 1907: 481). El que Unamuno se implique a sí mismo dentro de la elaboración racialista y racista de Occidente hace que su argumento acerca de las premisas de la supuesta superioridad de los blancos sea no solo poderosamente persuasivo, sino único en su tiempo dentro de España y, probablemente, en la Europa imperialista. Habiendo representado al hombre blanco como arrogante e insolente, llega a lo que es para él el origen de las «tonterías» y «desatinos»: «Y arrogante por la incomprensión del alma de los demás, por *asimpatía*, es decir, por incapacidad de entrar en las almas de los otros y ver y sentir el mundo como ellos lo ven y lo sienten» (Unamuno 1907: 481). Por lo tanto, Unamuno no solamente reconoce la identidad del «otro», sino que subraya la necesidad de identificarse con la «otredad» para poder llegar a realmente entender la perspectiva del que escribe y vive en la colonia.²

En este ensayo, he intentado identificar y subrayar algunos espacios culturales que creo revelan y registran las complejidades, las ambigüedades y las paradojas del modo en el que se ha escrito el imperio español para poder empezar a reescribirlo.

Bibliografía

- BALFOUR, Sebastián
1997 *El fin del imperio español*. Barcelona: Crítica.
- BLANCO AGUINAGA, Carlos
1998 *Juventud del '98*. Madrid: Taurus.

² Una versión ampliada de la relación entre Unamuno y Rizal se encuentra en Blanco 1998.

BLANCO, Alda

1998 «Miguel de Unamuno y José Rizal: una lectura desde la periferia». *Revista de Occidente*. 210, noviembre, 65-73.

FUSI, Juan Pablo y Antonio NIÑO (ed.)

1997 *Vísperas del 98, orígenes y antecedentes de la crisis del 98*. Madrid: Biblioteca Nueva.

JUARISTI, Jon

1996 «Introducción» En UNAMUNO, Miguel de. *En torno al casticismo*. Madrid: Biblioteca Nueva.

LÓPEZ BAGO, Eduardo

1997 *El separatista*. Madrid: Castalia.

ROCA, León (ed.)

s/a *Vicente Blasco Ibáñez: Artículos contra la guerra de Cuba*. Valencia: León Roca.

SAID, Edward W.

1993 *Culture and Imperialism*. Nueva York: Knopf.

SPURR, David

1996 *The Rhetoric of Empire*. Durham y Londres: Duke University Press.

UNAMUNO, Miguel de

1907 «Epílogo». En RETANA, W. E. *Vida y escritos del Dr. José Rizal*. Madrid: Librería de Victoriano Suárez.